

El Relojero de las Almas Perdidas

El Hospicio de la Mano de Nieve no figuraba en las guías turísticas de Madrid, ni sus muros de ladrillo mudéjar parecían pertenecer al siglo XXI. Estaba agazapado tras el Cuartel de Conde Duque, en una callejuela que la luz del sol sólo visitaba de pasada, como si tuviera miedo de quedar atrapada en su hiedra centenaria. En el patio interior, una fuente de mármol sostenía la figura de un ángel inclinado, cuyas alas de piedra estaban marcadas por el liquen y el llanto del agua. Allí, el tiempo no se contaba con segundos mecánicos, sino que era medido por el ala del ángel que lloraba. Cuando la sombra del mármol alcanzaba las muescas del suelo, los niños sabían que la tarde estaba muriendo sin que nadie hubiera preguntado por ellos.

Bernabé habitaba un sótano cercano a la iglesia de San Marcos, un espacio que olía a aceite de engranajes y a madera de sándalo. Sus manos eran nudosas como las raíces de los robles asturianos de su infancia, pero poseían una delicadeza que desafiaba a la física. Bernabé no era un relojero convencional; era un sanador de esperanzas descartadas. No buscaba pago por sus servicios, sino ofrendar su fe a través de su oficio, convencido de que un mecanismo devuelto a la vida era una pequeña victoria contra el vacío. En sus estantes, los juguetes que reparaba no eran simples objetos de plástico; eran recipientes de memoria, contenedores de cientos de historias y emociones. Cuyos relojes internos no marcaban las horas, sino los latidos de aquellos que los habían amado y perdido.

Esa mañana, el aire está cargado de una humedad que muerde los huesos. Bernabé limpia una pequeña bailarina de hojalata cuando la campana de la entrada suena con un tintineo rítmico.

Un niño de ojos demasiado grandes para su rostro entra en el taller. Lleva un oso de peluche cuyo mecanismo interno ha dejado de sonar. Es uno de los menores de la Mano de Nieve, aquellos a los que nadie visita.

—¿Puede arreglarlo, señor? —pregunta el pequeño con una voz que tiembla como una cuerda de violín—. Ya no late.

Bernabé deja la lupa sobre el tapete verde y toma el juguete. Siente el frío del metal bloqueado en su interior. La caridad, para el viejo relojero, no es dar una moneda, sino resonar con ese vacío que el niño le presenta sin invadirlo.

—No es que no lata, hijo —responde Bernabé, mientras sus dedos buscan el resorte oculto—. Es que se ha olvidado de cómo se siente la esperanza. Pero vamos a recordárselo.

De repente, la puerta se abre de golpe y una ráfaga de viento helado entra en el sótano. Un hombre vestido con un abrigo de paño impecable y una mirada de cristal estéril se detiene en el umbral. Es Severino, anticuario de la calle Huertas, un coleccionista de sombras que busca lo que Bernabé protege.

—Esa pieza —dice el Severino, señalando un reloj de madera de castaño que late con un ritmo profundo—. Tiene una memoria que vale una fortuna. Te ofrezco lo que quieras. La ciencia de los hombres ya no valora estas baratijas, pero yo sé qué contienen.

Bernabé se yergue, protegiendo al niño con su sombra. La calma de su espíritu se enfrenta a la ambición del visitante.

—Hay cosas que la ciencia no puede comprar porque pertenecen al alma, caballero —sentencia el relojero—. Y esta casa no vende recuerdos, los devuelve a quienes los necesitan.

El anticuario no siempre había sido un hombre de hielo. En su juventud, sus ojos habían buscado la belleza en los jardines del Retiro, había conocido el amor, pero el tiempo, o quizá la pérdida de raíces, había transformado su sensibilidad en una codicia geométrica. Para él, los objetos no tenían alma, sino precio; eran cáscaras que contenían el vapor de una vida que otros estaban dispuestos a pagar muy caro. Su

presencia en el sótano de Bernabé era como una mancha de aceite en un estanque de agua clara, una disonancia que buscaba devorar la armonía del taller.

Severino abre un maletín de cuero fino y extrae un fajo de billetes que deja sobre la mesa de trabajo, justo al lado de las herramientas de precisión de Bernabé. El niño, asustado, se abraza con más fuerza a su oso desvencijado, cuyas costuras parecen estar a punto de ceder ante la presión de su miedo.

—Ese juguete no tiene futuro, niño —dice el anticuario con un tono de falsa seda—. Pero el dinero que le ofrezco puede comprarte una cama mejor, o quizá una familia que te quiera. Bernabé, sé razonable. Ese oso tiene en su interior un engranaje de latón del siglo XVIII que ya no se fabrica. Es una caja vacía abocada al olvido.

Bernabé pone su mano callosa sobre el hombro del pequeño. El contacto no es únicamente un gesto de protección, sino una transmisión de calma. La caridad, para el viejo relojero, no consiste en dar lo que sobra, sino en resonar con el dolor del otro sin invadirlo.

—La ciencia y la razón explican cómo funciona este mundo, caballero, pero se necesita algo más para entender por qué seguimos aquí —sentencia Bernabé, su voz resuena con un aliento poético y firme. —Usted ve latón; el niño ve un hogar. Usted ve una inversión; yo veo un latido que se ha quedado dormido por la tristeza.

El relojero toma el oso y lo coloca bajo la luz de un flexo antiguo. Sus dedos se mueven con la agilidad de quien cartografía un sistema solar en miniatura. Con una pinza de plata, ajusta una pequeña pieza en el centro del pecho del peluche.

—Escucha, hijo —le dice al niño.

Un clic casi imperceptible se produce. De pronto, el oso comienza a emitir una melodía suave, una nana que parece vibrar no en el aire, sino en los huesos del niño. Severino, el anticuario, retrocede un paso, como si la música lo hiriera. No es una melodía mecánica; es el eco de una madre que ya no está, una chispa de misterio que

aún habita en lo descartado.

—¡Eso es imposible! —exclama el anticuario—. Ese mecanismo estaba oxidado, estaba totalmente muerto.

—Quizá algo oxidado, pero ni mucho menos muerto. Estaba olvidado—responde Bernabé, devolviéndole el juguete al niño. —Y la caridad es el aceite que hace que las piezas vuelvan a encajar.

El niño mira su oso, que ahora late rítmicamente contra su pecho. Sus ojos se llenan de una luz que el anticuario no puede comprar. Sin decir una palabra más, el visitante recoge su dinero y sale del sótano, dejando que el frío de la calle Conde Duque se lo trague.

Bernabé vuelve a sentarse. El tiempo, medido por el ala del ángel que llora en el hospicio cercano, sigue su curso, pero en ese sótano, el relojero sabe que ha ganado una batalla contra el olvido.

—¿Por qué no ha aceptado el dinero, señor? —pregunta el niño, aún asombrado.

—Porque el esfuerzo por salvar lo pequeño es lo que nos hace humanos, hijo —le contesta Bernabé mientras el sol empieza a dibujar sombras de alas sobre el suelo de piedra—. Y porque un abrazo no tiene precio de mercado.

Pasaron varios días en los que el tiempo, lejos de medirse por el ala del ángel, pareció detenerse entre las paredes del taller. Bernabé continuó su labor silenciosa, devolviendo el pulso a relojes de cuco y cajas de música que habían olvidado su propia melodía. El sótano seguía oliendo a aceite y a castaño, un refugio de ciencia y alma en medio del ruido de Madrid.

Una mañana, el tintineo de la campana anuncia una presencia inesperada. Bernabé levanta la vista de un cronómetro de marina y se sorprende. No es un coleccionista ni un anciano con un recuerdo roto. Frente a él se halla una mujer joven, de veintipocos

años, cuya mirada irradia una vitalidad que no suele frecuentar los sótanos de la calle de la Palma.

—Hola, maestro relojero. Perdona que le moleste —dice ella, con una voz clara que parece limpiar el polvo de los estantes—. Benjamín me ha dicho que usted puede ayudarnos.

Bernabé deja sus pinzas. La curiosidad surca sus arrugas como un mapa recién trazado.

—Quizá. Bienvenida —responde con cautela—. Pero ¿Quién es Benjamín? No conozco a nadie con ese nombre. Hebreo, bíblico, precioso por cierto... pero no me suena.

—Ah, claro, perdona. Soy técnico en el Hospicio de la Mano de Nieve, aquí cerca —explica ella, y al mencionar el lugar, su tono se vuelve tierno, casi maternal—. Benjamín es uno de nuestros "huéspedes". Parece ser que hace unos días le reparó un viejo juguete.

—Ah, claro... el niño rubito, de ojos enormes, con el oso de peluche —asiente Bernabé, y una sonrisa sincera le ilumina el rostro.

—El mismo. Es un bichejo, todo un amor de niño.

—Pues, usted dirá ¿En qué puedo ayudarlos?

—Por favor, tutéame, no me gusta eso de "usted". Me llamo Silvia.

—Como prefieras, Silvia entonces —dice Bernabé, sintiendo que la caridad empieza a tejer un nuevo puente entre ellos.

Silvia da un paso hacia la mesa, entrelazando las manos con entusiasmo.

—Este año, varias compañeras y yo, en colaboración con la Asociación de Familias para la Acogida, hemos tenido una idea un tanto loca. Queremos representar una función a la que acudirán autoridades, familias y, quien sabe, quizá futuras familias acogedoras que quieran aceptar la guarda y el cuidado de alguno de nuestros chicos.

—Me parece una idea maravillosa, la verdad —comenta Bernabé, imaginando a esos seres humildes cambiando su historia. Recibiendo el calor y el amor de una familia.

—Espero que tengáis mucho éxito.

—El problema es que el hospicio es muy pequeño—continúa Silvia, su gesto se ensombrece un poco—. Nos han prestado para la ocasión el Teatro de las Sombras Blancas, ese que está justo al doblar la esquina, pegado al Cuartel.

Bernabé se queda pensativo. Sus padres le habían llevado allí de niño, cuando las molduras doradas aún brillaban y el terciopelo de las butacas no conocía el mordisco de la polilla. Incluso de joven había acudido allí con su amiga Laura... Recordaba el olor a maquillaje y el misterio del telón, pero el teatro llevaba décadas clausurado, convertido en un relicario de silencios. No pudo evitar que esos recuerdos le encogieran momentáneamente el corazón.

—Lo conozco. Pero lleva siglos cerrado —dice él, recuperando la compostura.

—Ese es el problema. Nosotros estamos limpiándolo e incluso dándole alguna capa de pintura. Pero los engranajes y la maquinaria del telón y demás están que se caen. Nos preguntábamos si pudieras echarles un ojo. Y si no es muy caro, se lo pagaríamos, claro.

Bernabé niega con la cabeza antes de que ella termine.

—Descuida, en una hora me persono allí —sentencia con firmeza—. Y de pagarme, olvídate. Veré qué puedo hacer.

—¡Ay! No sé cómo podríamos agradecértelo —exclama Silvia, emocionada.

—No me agradezcas nada, que aún no he hecho nada —le corta él con humildad.
—A quienes hay que agradecer es a vosotras por la gran labor que realizáis con esos niños. La caridad no es solo dar, es ofrecer abrigo emocional.

—Por cierto, por si sientes curiosidad —añade Silvia mientras se dirige a la puerta—, la obra será Pinocho.

Bernabé se queda inmóvil. El nombre resuena en el taller como un engranaje que encaja perfectamente en su sitio.

—Pinocho... —repite.

—Sí, ¿Algún problema? —Percibiendo un atisbo de duda en el relojero.

—No, qué va. No te preocupes —responde él, y su mente vuela hacia el anticuario de la calle Huertas, ese "viejo avaro" que custodiaba objetos sin alma. —Es que estoy pensando que hay un comercio de la zona donde juraría que tienen un muñeco de madera antiguo que nos podría venir bien. Un títere que espera a que alguien le devuelva el latido.

—Eso suena genial —dice Silvia—. Pero ya te digo que la Comunidad no nos anda regalando el dinero. No es una crítica, no me malinterpretes, es una realidad.

—Tranquila, Silvia —concluye Bernabé, recogiendo su caja de herramientas—. Veré qué puedo hacer. La verdad es un tesoro que se defiende con el corazón.

Bernabé apaga la luz del taller y sale tras ella. Madrid le espera con su ruido, pero él únicamente escucha el eco de un teatro vacío que está a punto de volver a respirar.

Tras varios días de labor incansable, el Teatro de las Sombras Blancas había dejado de ser un edificio moribundo para convertirse en un organismo vivo, latiendo al ritmo de los martillazos y las risas. Bernabé observaba conmovido cómo la dedicación de los voluntarios —desde los técnicos que soldaban estructuras hasta los vecinos de

Chamberí y las funcionarias de la consejería— creaba una atmósfera de humanidad casi tangible. Incluso los adolescentes, habitualmente perdidos en sus propios laberintos hormonales, trabajaban con una entrega que parecían capaces de cambiar el curso de la historia.

De vez en cuando, el relojero detiene su trabajo para dejar espacio a los ensayos. El eco de los diálogos de los muchachos llena el patio de butacas, y es entonces cuando la imagen de Pinocho vuelve a su mente como un resorte de precisión. Aprovechando que Silvia le acerca una limonada fresca, Bernabé la mira con gratitud.

—Silvia, mil gracias —dice él, secándose el sudor de la frente.

—Pero hombre, gracias a ti. ¿Cuántas horas llevas por aquí sin parar de *trajinar*? —responde ella con una sonrisa cálida.

—No lo sé, no llevo la cuenta. Voy a ausentarme una hora, máximo. Tranquila, que a la maquinaria del telón simplemente le queda un último retoque.

Bernabé sale al exterior, donde el aire de Madrid ya empieza a oler a anochecer y asfalto frío. Antes de dirigirse a la calle Huertas, pasa por su taller y recoge una mochila. Con manos que conocen el valor de cada engranaje, guarda dos viejos relojes de pared, piezas de colección por las que cualquier anticuario suspiraría. Al llegar ante la tienda de Severino, respira hondo y cruza el umbral.

La tienda huele a rencor acumulado y a barniz antiguo. Bernabé recorre el local con la mirada, pero no encuentra al dueño. En su lugar, una muchacha joven atiende a una clienta. Cuando se queda sola, la joven le saluda con una vitalidad que parece fuera de lugar en aquel cementerio de objetos.

—Hola, buenas tardes. ¿Qué puedo hacer por usted? —pregunta ella con una amplia sonrisa.

—Hola, muchacha. Hacía siglos que no me aventuraba por aquí. El viejo gruñón de

Severino anda por la trastienda, supongo.

—Veo que ya conoces a mi abuelo —ríe la joven—. Soy Laura. Venía aquí de niña, pero ahora le echo una mano de vez en cuando.

Bernabé siente un pinchazo en el corazón al oír ese nombre. —¿Laura? Tienes un nombre hermoso. Yo soy Bernabé, el del taller de más arriba.

En ese instante, Severino aparece, interrumpiendo la conversación con brusquedad. —Pero mira qué sorpresa. El viejo relojero se ha atrevido a salir de su escondrijo.

Mientras Laura se queda pensativa, tratando de recordar de qué le suena el nombre de Bernabé

—Severino, no vengo buscando pelea —dice Bernabé, manteniendo la calma—. Vengo a hacerte una oferta.

—No me interesa —sentencia el anticuario, dándose la vuelta.

—¡Pero abuelo! —interviene Laura, colocándose entre ambos—. Ni siquiera le has escuchado.

—Severino —insiste Bernabé—, no vengo por ti ni por mí. Vengo por el Hospicio de la Mano de Nieve. Les estoy ayudando con la obra de teatro y quiero el Pinocho. A cambio, te traigo esos dos relojes de pared por los que llevas años suspirando.

Severino se detiene. Duda un instante, pero en su escala de grises moral, la codicia lucha contra un orgullo antiguo y herido. —No hay trato.

—Abuelo, el muñeco vale menos que cualquiera de esos relojes —exclama Laura, estupefacta—. Sales ganando de sobra. ¡Parecéis dos niños peleando por una piruleta! Ahora que caigo... Se supone que erais grandes amigos. ¿Qué os pasó?

—Eso fue hace mucho tiempo, niña —suspira Bernabé. Pero quizá va siendo hora de hablarlo. De hablar de tu abuela...

—¡Laura! Hay cosas que no sabes —grita Severino, y su voz tiembla de furia cuando se gira hacia Severino—. ¡No te atrevas a pronunciar el nombre de su abuela en esta tienda!

El ambiente se vuelve irrespirable. Bernabé siente que el pasado no es simplemente una raíz, sino a veces una cadena que algunos se niegan a romper. Severino, en un arranque de rabia contenida, señala el muñeco de madera.

—¡Coge al muñeco! Deja los relojes y no vuelvas a pisar esta tienda en tu puñetera vida —brama el anticuario antes de desaparecer en la oscuridad de la trastienda.

Bernabé coge el muñeco con delicadeza, sintiendo el peso de la madera y de un sacrificio que ha sido más espiritual que material. Laura lo mira con una mezcla de tristeza y comprensión, pero él ya está saliendo a la calle, con el corazón encogido por la angustia del reencuentro.

Minutos después, al cruzar de nuevo el umbral del teatro, la angustia se disuelve al ver la luz en los ojos de los muchachos. El contraste entre la sombra del anticuario y la esperanza del hospicio es absoluto.

—Mira, Silvia —dice Bernabé, mostrando el títere de madera.

Silvia abre los ojos de par en par, maravillada. —Es precioso... Pero, ¿Quién lo va a manejar?

—Pues yo mismo, si me dejáis —responde Bernabé, encogiéndose de hombros, sintiendo que sus manos vuelven a tener un propósito sagrado.

—¡Esto va a ser la leche! —exclama otra técnica, contagiando la alegría a todo el equipo.

Varios días después, el Teatro de las Sombras Blancas se transformó en una catedral de luz y madera que desafiaba al frío de Madrid. El patio de butacas estaba a rebosar; no quedaba un sólo rincón donde no palpitara la expectación de un público que mezclaba a autoridades, vecinos de Chamberí y familias que, sin saberlo, buscaban un nuevo sentido para sus vidas. La atmósfera olía a cera caliente y a olvido destilado que finalmente se evapora ante el calor de la comunidad.

La obra comienza con una sutil melodía de caja de música. El Pinocho de madera que Bernabé había rescatado cobra vida en el escenario. Manejado por las manos nudosas pero sabias del relojero, el títere no parece moverse por hilos, sino por una voluntad propia que busca dejar de ser un objeto para convertirse en un alma. Cada gesto del muñeco refleja el anhelo de los propios niños del hospicio: la búsqueda de un hogar y la redención a través del amor. Tras él llega la parte central, los propios muchachos y muchachas realizaron una función cargada de alegría, entusiasmo y esperanza. Cuando el telón cae tras el acto final, el silencio dura apenas un segundo antes de que el teatro estalle en un aplauso unánime, un estruendo de manos que reconocen la victoria de la esperanza sobre la soledad.

Al finalizar la función, el clima de la sala cambia. Elena, Marta y Chiara, miembros de la Asociación Familias para la Acogida, suben al escenario. Su presencia es serena, un "abrigo emocional" que envuelve a los presentes.

—Gracias por acompañarnos esta noche —dice Elena, con una voz que resuena en cada rincón del teatro—. Pero esta obra no termina aquí. La verdadera historia de estos chicos espera fuera de estas tablas.

Marta y Chiara invitan entonces al público a acercarse para descubrir cómo pueden colaborar, subrayando que la caridad no es dar lo que sobra, sino "resonar" con el otro.

Para cerrar la velada, un matrimonio, Isaac y Ana, toman el relevo en el proscenio. Les acompañan sus tres hijos: dos biológicos y un pequeño que está con ellos en régimen de guarda, en acogimiento.

—Mucha gente nos pregunta por qué lo hacemos —comienza Isaac, mirando al niño que le sujeta la mano—. Y la respuesta es sencilla: porque todos somos viajeros en busca de la verdad y de un puerto donde ser amados. El acogimiento no es solo abrir las puertas de una casa, es reconstruir un mapa de afectos donde antes sólo había vacío. Es abrir las puertas a la esperanza.

Ana añade con una sonrisa que conecta con los corazones de la primera fila: —A veces el camino es difícil, como el de Pinocho, pero ver cómo un niño recupera la sonrisa es la mayor recompensa. No somos héroes; sólo somos una familia que ha decidido que su mesa siempre puede ser un poco más larga.

El público escucha en un silencio reverencial, comprendiendo que la "caridad" de Bernabé se ha multiplicado en ese testimonio real de entrega y sacrificio.

Al finalizar los actos, mientras el eco de los aplausos aún vibraba en las vigas del techo como un susurro de otros tiempos, el teatro se transformó en un jardín de risas. Bernabé comienza a recoger sus herramientas con una lentitud casi ritual, observando cómo los niños danzan y corretean entre las butacas, convirtiendo la "piedra sombría" en un espacio lleno de vida. Entonces, Laura se acerca caminando junto a su abuelo Severino, cuya figura parece haber perdido la rigidez de la trastienda bajo la luz de las bombalinas.

Bernabé se levanta y los mira. Hay una escala de grises en su mirada que sólo el tiempo y el perdón pueden matizar.

—Bernabé, ha sido una alegría ver a ese Pinocho ser parte de esta obra tan hermosa —dice Laura con una sonrisa que ilumina el teatro—. Ver la alegría de los niños... En la tienda únicamente estaba cogiendo polvo.

Bernabé le da las gracias con un leve gesto, pero sus ojos buscan los de Severino. La caridad, entiende ahora, también consiste en perdonar las deudas del pasado y reconciliarse con la propia historia. Comenzando por pedir perdón él también.

—Viejo cascarrabias... —murmura Bernabé, rompiendo el muro de silencio que los separaba—. No sé cuántas veces deberé pedirte perdón. Aquello ocurrió hace más de cuarenta años. Éramos unos críos, los tres éramos grandes amigos. Además, al final ella te terminó eligiendo a ti.

Severino baja la vista, pero Bernabé continúa, con lágrimas empañando sus gafas de relojero, dejando que su "alma" hable a través del pasado. —En el fondo sabes que el enfadado debería ser yo. ¡Llevo más de cuarenta años encerrado en la soledad del taller de mi padre! Y tú... tú tienes una familia maravillosa.

Severino, sin mediar palabra, da un paso adelante y envuelve a Bernabé en un fuerte abrazo. Es un acto de sacrificio del orgullo, una catarsis personal que transforma décadas de derrota en una victoria compartida. —Espero que no sea tarde para volver a ser amigos —susurra el anticuario cuando se separan.

En ese instante, notan que Benjamín está al lado de ellos. El niño le coge la mano a Bernabé. —Tú también tienes ahora una familia —dice el pequeño con una seriedad luminosa—. Aquí, en nuestra Casa de la Nieve. Con nosotros.

El niño le tiende su oso, ese objeto que ahora late con una memoria nueva. —Ten. Con él no te sentirás solo. Se llama Laso.

Bernabé se arrodilla, quedando a la altura de sus ojos. —No, Benjamín. Este oso mágico te pertenece —responde con un nudo en la garganta—. Pero aceptaré ser su doctor y venir todas las semanas para realizar su chequeo.

—¡Bien! —exclama el niño—. ¡Mi osito Laso tiene el mejor doctor del mundo!

Todos ríen, y la atmósfera se vuelve liviana, como si la del teatro se hubiera purificado. Silvia se acerca entonces con una mujer de mirada firme y cálida. —Bernabé, esta es Macarena. Es la jefa.

—Ha sido maravilloso. Gracias —dice Macarena con sinceridad—. Como te ha dicho Benjamín, esta es tu casa. Puedes venir cuando quieras. De hecho, ya hablaremos, pero igual podríamos organizar algún taller con los muchachos. Quién sabe... igual Benjamín u otro muchacho podría ser un futuro relojero.

Bernabé sonríe. Por primera vez en décadas, el tiempo no es algo que él deba reparar o lamentar, sino algo que fluye libremente hacia un mañana lleno de esperanza.

—Nada me gustaría más.